

Lo “neo” del neoliberalismo: mercado, dinámicas socio- culturales, globalización y Estado: Un abordaje antropológico

*The neo on neoliberalism: markets, socio-
cultural dynamics, globalization and
State: an anthropological approach*

Recibido: 27 de noviembre de 2014 Aprobado: Enero 15

NICOLÁS PANOTTO*

3

* Nicolás Panotto. Licenciado en Teología (IU Isedet). Diplomado en Antropología Social y Política (Flacso Argentina). Maestrando en Antropología Social y Política, y doctorando en Ciencias Sociales (Flacso Argentina).
E-mail: nicolaspanotto@yahoo.com.ar

Resumen

El objetivo de este trabajo es ampliar el estudio de las dinámicas inscritas en el fenómeno del neoliberalismo más allá de los abordajes focalizados en la pragmática económica, hacia un marco más amplio que contemple los procesos socioculturales presentes en la propia constitución de este marco socioeconómico, como también en las dinámicas que comparte en el contexto global contemporáneo. Para ello, se desarrollaran algunos elementos en torno a la llamada “antropología del neoliberalismo”, para desde allí concentrarse en el análisis de dos campos centrales: el lugar del Estado como espacio político de disputa discursiva y simbólica, y las dinámicas socioculturales presentes en las configuraciones del mercado en el contexto de la globalización contemporánea.

Palabras clave: neoliberalismo – cultura – Estado – mercado – consumo – intercambio – medios de comunicación.

Abstract

The goal of this work is to expand the study of the dynamics of neoliberalism beyond the treatment usually given to it by economic pragmatism, and direct such effort to a broader field of study which will be able to contemplate the socio-cultural processes that are present within the establishment of this socio-economic frame, and also in the dynamics shared at the contemporary global context. In this endeavor some elements are going to be developed around the so-called “anthropology of neoliberalism”, with the purpose of further concentrate efforts in the analysis of two central fields: the role of the state as one of the political contexts for discursive and symbolic dispute; and socio-cultural dynamics that are present in the many configurations of the market in the context of contemporary globalization.

Keywords: neoliberalismo – culture – State – market - consumption - exchange - media.



Introducción

Neoliberalismo es la designación a un tipo de interacción entre diversos campos sociales, como son mercados, Estados, clases, organizaciones financieras, etc. Pero, ¿qué tiene de “neo” esta nomenclatura, en comparación con el liberalismo imperante hasta la Segunda Guerra Mundial? En primer lugar, vale aclarar que “neoliberalismo” no es un sistema o un marco económico suturado, un mecanismo cerrado y determinado *a priori*. Más bien, combina una pluralidad de elementos institucionales, sociales, culturales y discursivos en interacción constante. En segundo lugar —tema que es central para este trabajo, y que intentaremos desarrollar a lo largo del escrito—, el neoliberalismo dista de ser un fenómeno estrictamente económico, al menos en lo que refiere a la totalidad de elementos que entran en juego en su constitución. Aunque implica la sumisión de una pluralidad de elementos socioculturales bajo el marco de prácticas económicas, no podemos aislar esto último solamente a un conjunto de mecanismos transaccionales, monetarios o comerciales. El neoliberalismo se vincula, más bien, con una profunda transformación en la comprensión de los procesos socioculturales, a la geopolítica, los mecanismos económicos, las concepciones identitarias y antropológicas, entre otras, dentro de las reconfiguraciones que adopta el capitalismo tardío en la sociedad globalizada contemporánea.

Viendo la historia de América Latina durante las últimas décadas, y sin poder negar el lugar central que ocupan las dictaduras militares en la imposición del neoliberalismo como matriz sociopolítica y económica en el continente, no se puede afirmar que éste es el único factor a considerar. Por un lado, el neoliberalismo ya venía asomándose luego de la Segunda Guerra Mundial junto a la crisis del modelo keynesiano. Por otro, en la década de los noventa se dio una profundización de estas prácticas como nunca antes se había visto, en respuesta a los nuevos procesos de democratización de América Latina, los cuales se encontraban en crisis luego del impacto social de los golpes militares (Hoogvelt, 1997).

A partir de aquí, vale aclarar dos asuntos más. En primer lugar, el neoliberalismo no es una lógica omnimoda, así como tampoco lo es el capitalismo u otros tipos de marcos socioculturales hegemónicos relacionados. La influencia de su método en gran parte de las sociedades

contemporáneas es innegable, aunque es riesgoso y en extremo reduccionista tratarle como una fuerza que subsume la apertura de todo filamento sociocultural alternativo.¹ Esto le daría una entidad ontológica que no posee, en vista de los tipos de prácticas económicas y políticas contra hegemónicas existentes.

En segundo lugar, hay que inscribir al neoliberalismo dentro de otros procesos socioculturales más amplios, de los cuales también se sirve y no deben restringirse a su exclusiva influencia. Nos referimos, más concretamente, a la complejización de los medios de comunicación y el transporte, el fenómeno de la globalización (mal llamada —al menos cuando se lo hace unilateralmente— “globalización neoliberal”), el impacto de la migración, la transformación en las ideologías imperantes hasta hace cuarenta años, la crisis de los Estados nacionales, entre otros aspectos. Muchas veces se depositan todos estos cambios en el marco del neoliberalismo, cuando en realidad muchos de ellos son fenómenos independientes en los que éste último se ha apoyado, nutrido y, ciertamente, contribuido a cambios y transformaciones dentro de ellos, pero sin subsumir de manera absoluta sus procesos (Cfr. Ortiz, 1997).

74

Es a causa de todos estos aspectos que una lectura antropológica del fenómeno neoliberal ofrece una alternativa analítica para comprender su complejidad. Ello se debe, principalmente, a que dicho abordaje permite analizar la tensión que existe en el mismo seno del neoliberalismo, entre los nuevos mecanismos del mercado y los dispositivos discursivos, políticos, sociales y culturales. Ya en 1925, Karl Polanyi, uno de los antropólogos más reconocidos dentro del análisis en el campo económico, advertía sobre la necesidad de vincular el estudio de las “funciones particulares” de los procesos económicos entre los diversos actores sociales, y una visión más amplia a nivel estructural (Polanyi, 2014 [1925]:25-34), no sólo en vías de un abordaje en profundidad del amplio campo de los procesos económicos, sino del reconocimiento de sus implicancias políticas, más específicamente en el desarrollo de la democracia.

¹ Plantea Marisa Duarte (2002) al respecto: “El neoliberalismo no constituye en rigor un cuerpo teórico sino que está conformado por un cúmulo de proposiciones prácticas y, en el plano conceptual, introduce formulaciones y propuestas que rozan el conservadurismo político y una suerte de darwinismo social muy lejano a las vertientes liberales de los inicios del siglo XX” (2002: 145).

En resumen, la antropología nos permite superar y complejizar el conocido binomio marxiano estructura-superestructura (ideología) dentro de los estudios socio-económicos, para ahondar en las interdependencias y profundas vinculaciones entre prácticas económicas, procesos simbólicos y construcciones socioculturales. De aquí, algunas preguntas que nos guían, son: ¿cómo interaccionan las dinámicas socioculturales en la redefinición de los procesos económicos de las últimas décadas? ¿En qué medida se redefine el rol de los estados nacionales frente a la fluidez virtual de los capitales en la actualidad? ¿Cuáles son los presupuestos socio-culturales del neoliberalismo y de qué manera influyen y se expanden dentro de las sociedades contemporáneas?

Neoliberalismo, política y cultura

Para comenzar a examinar estos aspectos, en primer lugar debemos dejar claro, como ya lo hemos mencionado, que no puede hablarse de economía sin estudiar lo tocante a diversos elementos socioculturales relacionados con, e inscritos en ella. Más allá de que lo económico posee un lugar particular y una constitución específica, se inscribe en un contexto mucho más amplio, o sea, se construye en interacción con dinámicas discursivas, operaciones simbólicas, marcos socio-institucionales y procesos rituales varios. En palabras de Daniel Mato (2004):

Las llamadas teorías económicas no son simplemente teorías, ni solamente económicas. No son simplemente teorías porque no suelen formularse meramente para representarse de manera simplificada la experiencia social, sino y de una vez para intervenir en ella, es decir, para formular y aplicar políticas. Y no sólo económicas, porque las prácticas y experiencias sociales que en ellas se representan y manipulan en términos meramente económicos no son sólo eso en la experiencia social, sino que suponen formas de organización y vida de poblaciones humanas completas, de millones de personas. (p. 273).

En este sentido, el neoliberalismo se apoya en y difunde diversos tipos de discursividades, cosmovisiones y representaciones, tales como

la promoción de los ideales de libertad individual, los valores de la civilización occidental, la necesidad de la circulación del capital para la transformación social, entre otros, que van permeando de diversas maneras en el tejido social, transformando los modos de interacción y creando tipos de imaginarios simbólicos que legitiman, desplazan y dinamizan las prácticas económicas en tanto procesos de expansión y acumulación del capital financiero. En otros términos, el neoliberalismo se sostiene de un modo concreto en la creación de imaginarios, discursos, prácticas y experiencias cotidianas.²

Aquí, hay dos elementos importantes que resalta Harvey en otro de sus trabajos. En primer lugar, la necesidad de la “naturalización del neoliberalismo”. Significantes tales como la libertad individual, el beneficio de la circulación virtual del capital y la reestructuración de las instituciones sociales tradicionales (como el Estado, los partidos, las ONGs, los bancos, etc.), deben ser comprendidos no sólo como facetas de cierta pragmática económica sino como caracterizaciones de un tipo de socialización. Por ello, también, desde el campo de lo ético, dicha naturalización debe presentarse como respuesta a una carencia o demanda social. Esta última, en segundo lugar, conlleva, por la dinámica microfísica (Foucault) que la caracteriza, un tipo de erosión social mucho más amplio, abarcativo y subrepticio a nivel sociocultural. Dicha erosión no afecta sólo en un nivel macro-institucional (o lo que las sociedades occidentales pueden entender como instituciones tradicionales, tales como el mercado, la producción, las empresas, etc.), sino a niveles más complejos, cuyo campo es la propia cotidianidad de los sujetos y las comunidades sociales. Es lo que Harvey (2007) denomina “destrucción creativa”:

La creación del sistema neoliberal ha conllevado mucha destrucción, no sólo de marcos y poderes institucionales (tales como la soberanía del Estado sobre los asuntos político-económicos), sino también en la división del trabajo, la relaciones sociales, las prestaciones, las mezclas

² Es central lo que menciona Harvey (2005) al respecto: “Podemos examinar la historia del neoliberalismo tanto como un Proyecto Utópico que provee un plano teórico para la reorganización del capitalismo como un régimen político destinado a reestablecer las condiciones para la acumulación del capital y la restauración del poder de clase.” (28-29).

tecnológicas, los modos de vida, el apego a la tierra, los hábitos del corazón, las formas de pensamiento, entre otros. (p. 23).

Otro elemento central a tener en cuenta —que no es particular del neoliberalismo aunque sigue teniendo un lugar fundamental en su origen y es de suma importancia para los estudios antropológicos—, es la supremacía de la “lógica occidental”. Más allá de que las relaciones de poder en este tiempo son mucho más complejas de lo que una lectura bipolar o maniquea ofrece —como lo representa la bizantina división entre países centrales y países periféricos—, los “valores occidentales”, la noción de “progreso”, de desarrollo o el predominio civilizatorio de Occidente, siguen siendo narrativas que poseen cierta especificidad, y que continúan influyendo como meta-narrativas del neoliberalismo, aunque ahora imbricadas más profundamente en los *habitus* cotidianos (Bond, 2003).

En este sentido, ciertas lógicas de dependencia y concepciones de agencia humana funcionales al mercado neoliberal, se van inscribiendo a través de formaciones culturales que responden de una manera más estructural, a esta geopolítica eurocéntrica (Mignolo, 2003; Lander, 2011). Por ello, vemos la creciente influencia de una concepción occidental de individuo funcional al neoliberalismo, en contraposición a otras comprensiones posibles del sujeto. Remarca Taitu Heron (2008:91):

En las culturas occidentales, la acción humana se caracteriza por individuos motivados a actuar, sin el estorbo de los otros, estableciendo su carácter distintivo frente a los demás y manteniéndose no influenciados por las presiones colectivas. En la configuración colectiva, si un individuo es percibido como perjudicial para éste, puede ser rechazado y echado fuera como inútil. Los occidentales enfatizan el razonamiento lógico aristotélico sobre la adhesión a reglas y categorías como algo esencial. Por el contrario, la agencia de las culturas no occidentales, a falta de una palabra mejor, se ha caracterizado por ser interconectado, interdependiente y colectivista.

Más allá de que existen fuerzas exógenas propias a la implantación del neoliberalismo —los golpes de estado, el avance de las corporaciones o de fuerzas políticas, como veremos más adelante—, su efectividad se

deposita en poseer una fuerza endógena que se evidencia en la aceptación generalizada que poseen algunos de sus elementos constitutivos, pero no en tanto “neoliberalismo” propiamente dicho, sino a través de los imaginarios, discursos, valores y prácticas que promueve, inscritos en los *locus* cotidianos.

De aquí la efectividad de su naturalización. Como opina Biersteker (mencionado por Munck 2003:497): “los términos del discurso reflejan un significativo cambio en la aceptación de los mecanismos de mercado y en las relaciones entre lo público y privado, en la dirección de un mayor apoyo al (y una creciente dependencia del) sector privado”. Por ello la comprensión imperante que define al mercado como un ente que responderá cuasi mágicamente a las demandas sociales. En otros términos, los imperativos del mercado no sólo se imponen a los territorios sino a todas las actividades humanas.

La inmersión de estas dinámicas en los procesos sociales, también conlleva una redefinición de la misma noción de cultura. A ello aportaron —tal como resalta Polanyi en relación a la división entre las esferas de lo político, lo social y lo económico con el surgimiento de la idea de mercado auto-regulado (Polanyi, 2001)— la inscripción de la oferta y la demanda, en lo cual lo cultural pasó de ser un marco de creación identitaria (preponderantemente de corte nacionalista moderna) a ser un conjunto inconexo de elementos que permite la fluidez constante de narrativas, capitales, sujetos e instituciones. Plantea Jaume Franquesa (2007:23): “De esta manera se potencia un uso mucho más instrumental de la cultura, y ya no se valorarán sus contribuciones a la sociedad en términos culturales sino en los posibles beneficios económicos que pueda reportar”.

Sobre este tema, es importante lo que Franquesa define como “geografía del capital”. La producción social siempre va ligada a la producción del espacio. Por ello, la generación de plusvalías, la promoción de la fluidez de capital y la institucionalización de los actores principales del neoliberalismo —como las multinacionales, los organismos financieros, etc. —, requieren de la creación en un espacio que funcione como marco simbólico y otorgue sentido a su existencia y prácticas. De allí que lo social y los mecanismos de mercado se transforman en dos caras de una misma moneda. En palabras de Franquesa: “No podemos, pues, hablar con propiedad de ‘consecuencias sobre lo social’ como si

éstas fueran efectos colaterales de la dinámica de valor animada por la búsqueda de plusvalías, puesto que ‘lo social’ se encuentra en el centro mismo de tal dinámica, es su carne” (2007:127). Más aún:

[...] el espacio no es solamente el lugar donde se da el proceso de producción, sino que sería en sí mismo producido: el espacio es una mercancía fundamental para el mercado, en tanto que funciona a la vez como efecto (producto) y recurso (medio de producción) de los procesos económicos que tienen por objetivo la producción de plusvalía y la reproducción de la sociedad a fin que se garantice este proceso de acumulación (Franquesa, 2007:127)

El urbanismo es una de las imágenes principales de esta geografía, no sólo porque su constitución de centro-periferia permite la creación de imaginarios legitimantes para la estratificación social que sostiene el neoliberalismo (y con ello, de sus sujetos principales tales como las corporaciones financieras, los empresarios, las clases hegemónicas, etc.), sino porque la pluralidad —identitaria, institucional, estructural— de las ciudades produce una variedad de mecanismos de circulación de capital, así como de sujetos y narrativas. Ello se transforma en un espacio político inscrito en la tensión entre dicha pluralidad y los mecanismos estatales de control (que analizaremos más adelante). Por todo esto, Franquesa (2007) utiliza la imagen de “vaciar y llenar”:

La destrucción creativa ha requerido el vaciado y el llenado poblacional y discursivo. Y este vaciado y llenado no es solamente una cuestión de expulsar y atraer, sino fundamentalmente un proceso de inhabilitación, estigmatización y supresión permanente de aquello que haga falta destruir para poder luego crear, es decir, para hacer funcionar el sistema de acumulación. (p. 147).

En resumen, podemos resaltar que la innovación y el éxito del neoliberalismo proviene de su adaptación a los complejos procesos socioculturales vigentes —potenciados en el contexto globalizado en que nos encontramos—, legitimando la ampliación del mercado capitalista y el lugar de los sectores dominantes a través de la inscripción de las lógicas mercantiles y su antropología subyacente en los procesos de

construcción identitaria y dispositivos discursivos, simbólicos y rituales de la vida cotidiana.

Neoliberalismo y política: una lectura antropológica del lugar del Estado

Para profundizar en el análisis de las implicancias y funcionalidades socioculturales del neoliberalismo, pasaremos a analizar el lugar que posee el Estado en sus dinámicas. Ello puede parecer una contradicción, teniendo en cuenta que —según las disposiciones del Consenso de Washington— una de las columnas formales del neoliberalismo es el achique y casi extinción de dicha institución. Pero, como veremos a continuación, dicha premisa dista de ser estricta cuando nos adentramos en los procesos sociopolíticos que sostienen al neoliberalismo.

Ante todo, vale la pena aclarar que el Estado no es sólo un marco institucional burocrático de la política profesional. Representa, más bien, el espacio donde diversos actores sociales se vinculan con el objetivo de definir “lo común” de un grupo social (De Sousa Santos, 2006:48ss). Es por ello que el Estado representa un locus de litigio simbólico y ritual por definir la identidad de una comunidad.³ Es en este epicentro institucional, discursivo y ritual donde se conjugan las diversas demandas sociales, culturales, políticas y económicas de la comunidad.⁴ Desde esta definición del Estado surgen dos elementos: primero, que es central analizar sus dinámicas institucionales para adentrarnos en los procesos socioculturales de las sociedades actuales; segundo, este abordaje ofrece un acercamiento alternativo al estudio de su relación con el neoliberalismo, como veremos a continuación.

Para profundizar en este último aspecto, nos concentraremos en el aporte que hace Loïc Wacquant (2012) a una “antropología del neoliberalismo”. El autor plantea que los análisis antropológicos del

³ Ya sabemos que el Estado se encuentra vinculado desde sus orígenes en la modernidad y la idea de “nación” como marco identitario. De todas formas, también podemos ver diversas maneras de reapropiación y re significación frente a nuevos escenarios, como la noción de “plurinacionalidad” en América Latina (De Sousa Santos, 2010:65ss).

⁴ Para analizar la relación entre demandas sociales e identidad política, ver Laclau, 2005:97-103.

neoliberalismo están polarizados en dos perspectivas: una concepción economicista anclada en abordajes neoclásicos y marxistas que analiza las variantes del dominio del mercado, y otra enfocada en el concepto de gobernabilidad de Foucault. Aunque ambas perspectivas realizan aportes a la comprensión de este campo, Wacquant plantea que la primera es excesivamente estrecha a la hora de analizar los tipos de institucionalidad y discursos dentro del neoliberalismo. A su vez, la segunda es demasiado amplia al poner énfasis en la proliferación de instituciones que parecen estar “infectadas con el virus del neoliberalismo”.⁵

Para Wacquant, ninguna de estas tendencias analíticas aporta a identificar lo estrictamente “neo” del neoliberalismo, el cual representa, para él, las nuevas formas de institucionalización y la redefinición del Estado dentro de sus operaciones. Mientras que la primera perspectiva habla del neoliberalismo como un todo monolítico y la segunda como una masa desordenada, flexible y en constante fluidez, Wacquant afirma que, más allá de la apertura y adaptabilidad de su proyecto, el neoliberalismo posee un punto institucional reconocible que refiere a la “articulación entre tres elementos: estado, mercado y ciudadanía”. De este modo, el primero pone su sello para que el segundo se imponga sobre el tercero. Como aporta Colloredo-Mansfeld (2002:3): “a través de nuevas leyes laborales, los estados establecen nuevos proyectos de sujeción que unen a la nación, el mercado y la persona, para hacer de los ciudadanos actores competidores en la economía global”.

De allí que el autor propondrá tres tesis desde el concepto de “campo burocrático” de Pierre Bourdieu según el cual define al Estado como una máquina de estratificación y clasificación fundamental para el desempeño del neoliberalismo. Como ejemplo, trabajará alrededor de la penalización de la pobreza y la implantación de diversos mecanismos institucionales, discursivos y legales, con el objetivo de permitir la eficacia del espectro neoliberal. Las tres tesis son las siguientes:

⁵ En sus palabras: “En el primer caso, el neoliberalismo es la imposición directa de la economía neoclásica como el modo supremo de pensamiento y el mercado como el artefacto óptimo pero inflexible para organizar todos los intercambios... [Para los segundos] es una racionalidad política maleable y mutable que acompaña a muchos tipos de regímenes y se insinúa en todas las esferas de la vida, con ningún suelo por fuera en donde reposar para oponerse a ella” (Wacquant, 2012:3).

- *Tesis 1:* “el neoliberalismo no es un proyecto económico sino político, que no involucra el desarme sino la reingeniería del Estado”. Esto se explica desde tres aspectos. Primero, los mercados siempre han sido creaciones políticas. Segundo, las relaciones sociales y construcciones culturales necesariamente apuntalan intercambios económicos y las personas se mueven bajo sanciones del mercado. Tercero, la historiografía del Geistkreis, desde sus orígenes en 1930, no pretendía restaurar el liberalismo de fines de siglo XIX sino superar lo que se entendía como concepción errada del estado en ese momento. Es así como el Estado re-regula (más que des-regula) lo económico, social, penal y cultural, para crear mecanismos que dinamicen el lugar de las corporaciones dentro del mercado y la sociedad.
- *Tesis 2:* “el neoliberalismo implica una inclinación hacia la derecha del campo burocrático, generando un estado-centro”. El Estado no es una institución monolítica, un actor independiente y autosuficiente, como tampoco un campo amorfo maleable según intereses particulares. Más bien, es un espacio en el cual convergen y luchan diversas fuerzas, y donde se construyen marcos y límites para tal interacción. Wacquant afirma que el Estado aplica “dos manos” para el sostenimiento y legitimación del neoliberalismo: la derecha protege los intereses y la izquierda aplica disciplinamiento, especialmente hacia los pobres. Esto último se efectúa en dos direcciones: a través de la transferencia de recursos y programas desde el ala social a la judicial del Estado, y en la “colonización del bienestar” (salud, educación, servicios, etc.) con el propósito de crear técnicas panópticas de disciplinamiento (Foucault). Por ello, no se puede hablar de la desaparición del Estado. Este, más bien, libera la cúpula social, ampliando sus posibilidades de vida y de acción socio-cultural, y por otro, restringe su base, apaleando —aunque no solucionando— los efectos de desestabilización que produce la profundización de la desigualdad producida por el neoliberalismo.
- *Tesis 3:* “el crecimiento y glorificación del ala penal del Estado es un componente integral del *Leviatán neoliberal*”. En las últimas tres décadas, las prisiones han crecido de una forma inigualable, mucho

más que en el período de entreguerras. Esto se debe al crecimiento de los niveles de desigualdad, especialmente en los centros urbanos, gestados por las nuevas dinámicas del mercado. Dicho reforzamiento de los mecanismos penales tiene dos objetivos. Por un lado, reestablecer el orden en las zonas marginales donde reina la inseguridad que provocan las estructuras desiguales, y por otro reafirmar y empoderar la posición de las clases dominantes, desde la lógica de la “ley y el orden”.

El Estado, entonces, sirve a la ordenación y decodificación de lugares para la fluidez del capital desde una redefinición de las políticas culturales (y por ende, como dijimos, de la misma comprensión de la cultura). Según Jim McGuigan (mencionado en AAVV, 2009:39), los países capitalistas toman dos posiciones respecto a ello. Por una parte, existe la idea de que el mercado es el sistema que permite identificar y distribuir las preferencias públicas relativas a la cultura, donde el rol del Estado es ubicado como “*funcionario* policial” que maneja los límites de la propiedad, sus dinámicas y sus dueños. Por otro, se identifican ciertos artefactos como “portadores trascendentales de valor”, en lo cual el Estado asume más bien un rol dirigista, como “magistratura cultural”. Finaliza diciendo:

De esta forma todas aquellas críticas al papel del Estado como regulador y administrador de la cultura se verán acalladas por esta decisión salomónica: que sea el mercado el que decida, aunando las opiniones y las voces de todos los consumidores y posteriormente emitiendo su veredicto. (AAVV, 2009:13; ver también Riain, 2000).

En resumen, más que una anulación, puede verse una redefinición de la pragmática estatal, que sirve a la creación de mecanismos institucionales y a la promoción de segmentaciones discursivas para sostener las disfuncionalidades sociales que estos nuevos desplazamientos producen, como también legitimar los espacios de poder de los sectores que dominan las lógicas neoliberales (sean locales, nacionales o transnacionales). Ubicar la relación entre Estado y neoliberalismo —comprendiendo al primero como un espacio de disputa discursiva, simbólica y ritual—,

nos permite ver un ejemplo de las implicancias y fundamentos socio-culturales necesarios para el segundo (Hirst y Thomson, 1996).

Mercado, intercambio y globalización: de la circulación de bienes a la circulación de procesos socio-culturales

En los dos apartados anteriores hemos analizado la impronta político-cultural del neoliberalismo, viendo que éste se expande y logra su eficacia a través del amalgamiento con dinámicas sociales concretas, y con ello la redefinición del Estado, que actúa como plataforma política e institucional dentro de los procesos sociales de un grupo. Ahora nos concentraremos en profundizar en el análisis del *espacio* donde todo este fenómeno se origina, ya que lo “neo” se relaciona con la dinámica particular que asume este proceso en el contexto de la globalización.

Como ya lo mencionamos, existen concepciones que comprenden la globalización desde un lente económico, al punto de hablar de una “globalización neoliberal”. Aquí corremos el peligro, nuevamente, de reducir a un análisis economicista ambas instancias, como también perder de vista las profundas vinculaciones entre ambos campos y las facetas socioculturales intrínsecas al neoliberalismo (Cfr. Bauman, 1999; Giddens, 2000). Es aquí cuando nos parece útil, al menos desde una perspectiva analítica, la distinción que propone Ulrich Beck (2004) entre *globalización* y *globalismo*:

Por *globalismo* entiendo la concepción según la cual el mercado mundial desaloja o sustituye el quehacer político; es decir, la ideología del dominio del mercado mundial o la ideología del liberalismo. Ésta aparece de manera monocausal y economicista y reduce la pluridimensionalidad de la globalización a una sola dimensión, la económica, dimensión que considera asimismo de manera lineal, y pone sobre el tapete (cuando, y si es que, lo hace) todas las demás dimensiones –las globalizaciones ecológica, cultural, política y social- solo para destacar el presunto predominio del sistema del mercado mundial (p. 27).

Existen dos temas centrales, que han sido profusamente analizados por la antropología: la práctica del intercambio y el lugar de los medios

de comunicación. En cuanto al primero, es central analizar la tesis de Appadurai (1986) sobre la creación de valor —económico, social y cultural— de un objeto a través del intercambio. Appadurai retoma del abordaje de Georg Simmel, quien afirma que el valor de los objetos no es intrínseco a ellos sino que es atribuido por los sujetos que lo intercambian y utilizan. Esto invierte el análisis tradicional dentro de la economía: el intercambio no es un subproducto de la valoración de los objetos sino su fuente. Esto también cuestiona la tradicional cosmovisión occidental que divide tajantemente las palabras y las cosas (Foucault, 2002), con el objetivo de crear submundos —economía, sociedad, política, cultura— supuestamente desconectados, cuyo propósito es recrear una falacia de independencia entre cada área, como también facilitar una jerarquización de campos sociales (Polanyi, 2001).

Para Appadurai, la antropología debe considerar que los objetos en sí mismos producen transformaciones en dichos procesos. De aquí el autor afirma que más allá de que “teóricamente” los sujetos dan valor a los objetos, “metodológicamente” son las-cosas-en-movimiento las que infieren en el contexto. Frente a una definición más “purista”, como la de Marx —quien ve la mercancía sólo como un objeto de intercambio mercantil—, Appadurai complejiza la definición, hablando de los bienes como cosas con un fuerte potencial social, diferente de otros elementos —bienes, artefactos, objetos, etc.—, los cuales poseen diversas funciones. Por consiguiente el autor propone retomar la corrección hecha por Engels sobre el hecho de que la mercancía adquiere su valor en el uso “para otros”. En este sentido, es central entender que mercancía es cualquier cosa destinada al intercambio, lo cual va más allá del producto en sí y de los medios de producción.

Appadurai afirma que la singularización y mercantilización de un objeto no están separados. Por ello, enfatiza en que la mercancía no es “un tipo de cosa en lugar de otra” sino una “fase de la vida de las cosas”. Usa el ejemplo de la *Kula*, que representa una práctica de intercambio (no monetaria), la cual posee un fuerte impacto en la construcción de relaciones dentro de la comunidad. El objetivo de la *Kula* no está puesto en la acumulación sino en el respeto y la fama. Aquí el concepto de “contendias de valor”, que implica un ejercicio que va más allá de los estrictos flujos económicos, para situarse en un espacio donde se pone

en juego tanto el lugar de los sujetos como de las estructuras simbólicas que representan las dinámicas de intercambio y el mismo objeto. En otras palabras, es un proceso de intercambio entre biografías personales y cosas.

Nuevamente Appadurai enfatiza en que las demandas emergen desde la misma pluralidad del contexto social y de las prácticas de intercambio. La demanda es una expresión económica de la lógica política del consumo. Por ello el consumo posee un epicentro netamente social y no privatista. A través del consumo no sólo se envía sino que también se reciben mensajes. Emerge de y también controla las dinámicas sociales. En ese sentido el autor cuestiona la visión del capitalismo como mecanismo netamente tecno-económico. Por el contrario, éste también posee una fuerte impronta de “diseño socio-cultural”, reflejado en las contradicciones presentes en el sistema capitalista, como la tensión entre las políticas librecambistas y proteccionistas (Gregory 1997).

Por todo esto, es central advertir que la complejización y pluralización de los procesos de intercambio en el mundo global actual no sólo impulsan mayores mecanismos de movimiento de bienes y capital, sino que además intensifican el intercambio de narrativas, discursos y dispositivos socioculturales. De allí la definición de “consumo” que hace Néstor García Canclini (1995) (ver también Arribas y de Pina 2008) con relación a la ciudadanía:

[...] *el consumo es el conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos.* Esta caracterización ayuda a ver los actos a través de los cuales consumimos como algo más que ejercicios de gustos, antojos y compras irreflexivas, según suponen los juicios moralistas o actitudes individuales, tal como suelen explorarse. En la perspectiva de esta definición, el consumo es comprendido, ante todo, por su *racionalidad económica* [...] Una teoría más compleja acerca de la interacción entre productores y consumidores (...) revela que en el consumo se manifiesta también una *racionalidad sociopolítica interactiva* [...] Consumir es participar en un escenario de disputas por aquello que la sociedad produce y por las maneras de usarlo. (p. 42-44).

En esta era global, los procesos de intercambio —repetimos: no sólo comprendidos como circulación de bienes o capitales sino también

como instancias circulantes de construcción sociocultural— se han visto intensificados por el aumento de la fluidez comunicacional. Contamos con numerosos estudios de la relación entre mecanismos comunicacionales, dinámicas económicas y procesos socioculturales (García Canclini 2002, 2005, 2006; Waters, 1995).

Pero lo que más nos interesa, es la relación que existe entre medios de comunicación, cultura y las nuevas configuraciones sociopolíticas en el neoliberalismo. Martín Hopenhayn (2005) menciona cinco elementos que caracterizan dicha relación en el mundo global contemporáneo: la importancia que cobran los componentes de conocimiento-información dentro de la economía; el papel cada vez más importante de los medios de comunicación como componente mediático de la política; la dilución de la imagen unitaria del Estado-nación en la fluidez de símbolos, imágenes y dinero; el crecimiento del consumo de bienes materiales y simbólicos, lo cual crea una relación intrínseca entre consumo y ciudadanía; y las transformaciones en el ámbito de la ciudadanía, que ya no se restringe a un cúmulo de deberes y leyes determinadas sino que se inscribe en un flujo sociocultural más complejo. El autor concluye de la siguiente manera:

La cultura se politiza en la medida en que la producción de sentido, las imágenes, los símbolos, íconos, conocimientos, unidades informativas, modas y sensibilidades tienden a imponerse según cuáles sean los actores hegemónicos en los medios que difunden todos estos elementos. La asimetría entre emisores y receptores en el intercambio simbólico se convierte en un problema político (Hopenhayn, 2005:21).

Profundizando este último punto, Hopenhayn (2005:28-30) analiza el rol particular que asume la construcción de lo político en los nuevos marcos comunicacionales vigentes en la lógica neoliberal. En primer lugar, la mayor distribución de bienes simbólicos por sobre los materiales se puede trasladar a una pugna redistributiva, lo cual hace que pierdan el centro de discusión temas tradicionales como son el empleo, los salarios y los servicios sociales. En segundo lugar, la brecha que se crea entre bienes simbólicos y materiales es motivo de conflictividad social, y por ende de devenir político. Tercero, la comunicación a distancia cobra cada vez más lugar en el proceso de incidencia política y pública.

Los dos elementos desarrollados en esta sección —los medios de comunicación y el consumo—, poseen una función polivalente en el contexto actual. En línea con lo que dijimos al inicio, estas transformaciones socioculturales asumen —tal como acabamos de ver— una caracterización particular en el neoliberalismo, aunque también son marcos que pueden ir aún más allá de él. De todas formas, lo que queremos remarcar en este trabajo es el rol particular que poseen en el engranaje neoliberal. Por un lado, la intensificación y virtualización progresivas de los procesos de intercambio promueven y facilitan la inscripción de los valores característicos del neoliberalismo, tales como la exacerbación del lugar del individuo, la restricción de ciertos tipos de límite predefinidos (principalmente en el accionar del Estado-nación), el beneficio de la libre circulación del capital, entre otros (Bloch y Parry, 1989). Por otro lado, todo este proceso se profundiza aún más, cuando pasa de ser una práctica económica a ser un elemento sociopolítico en las sociedades contemporáneas, por el papel cada vez más importante que asumen los medios de comunicación como espacios de construcción y difusión de narrativas políticas y pragmáticas públicas.

Conclusiones

En este trabajo nos hemos propuesto analizar las caracterizaciones socioculturales distintivas del neoliberalismo. Este fenómeno vigente en los procesos sociales contemporáneos dista de ser una práctica restringida a la pragmática económica, siendo más bien una propuesta sociopolítica en el amplio sentido del término, que se retroalimenta de, e influye, en diversos campos de la vida social y cotidianeidad.

Es así que hemos analizado la intrínseca unión que existe entre neoliberalismo y cultura estudiando dos campos. Primero, las nuevas dinámicas políticas que se gestan a través de la redefinición del Estado (que no se desvanece sino que redefine su rol a través de la creación de nuevos mecanismos institucionales de vigilancia y control sobre los efectos del libre curso neoliberal, facilitando —inclusive desde el desvanecimiento de su impronta “nacional” — una mejor fluidez de narrativas, perspectivas e ideologías). Segundo, las caracterizaciones

del neoliberalismo en el contexto global, donde las nuevas dinámicas de intercambio y el rol creciente de los medios de comunicación redefinen los procesos de consumo como instancias de construcción sociocultural.

Bibliografía

- Appadurai A. (1986). *The social life of Things. Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: University Press.
- Arribas, Victoria y De Pina, Susana. (2008). “El uso de la categoría de política en las Asociaciones de Consumidores y El ciudadano consumidor, el nacimiento de una nueva categoría”. En: Ana Rosato y Victoria Arribas (Comp.): *Antropología del Consumo*. Buenos Aires: Antropofagia.
- AAVV. (2009). *Nuevas Economías de la Cultura*. Madrid: Y Productions.
- Bauman, Zygmunt. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich. (2004) *¿Qué es la globalización?* Buenos Aires: Paidós.
- Bloch, Maurice y Parry, Jonathan. (1989). “Introduction: money and the morality of exchange”. En: Bloch, Maurice y Parry, Jonathan, eds.: *Money and the morality of exchange*. Cambridge: Cambridge University Press, pp.1-31.
- Bond, George Clement. (2003). “Globalization, Neoliberalism, and Historical Conditionalities”. En: *The Journal of African American History*, Vol. 88, No. 4, pp. 330-338.
- Canclini, Néstor García (1995), *Consumidores y ciudadanos* Grijalbo, México (2002). *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós. (2005). *La globalización imaginada*. Buenos aires: Paidós. (2006). *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona: Gedisa.
- Collredo-Mansfeld, Rudi. (2002). “An Ethnography of Neoliberalism: Understanding Competition in Artisan Economies”. En: *Current Anthropology*, Vol. 43, No. 1, pp. 113-137.
- De Sousa Santos, Boaventura. (2006). *Reinventar la democracia, reinventar el Estado*. Buenos Aires: Clacso.
- (2010). *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Duarte, Marisa. (2002). “El Consenso de Washington y su correlato en la Reforma del Estado en la Argentina: los efectos de la privatización”, en AAVV *Más allá del pensamiento único*. Buenos Aires: Clacso, pp.143-188.

- Franquesa, Jaume. (2007). "Vaciar y llenar, o la lógica espacial de la neoliberalización". En: *Reis*, No. 118, pp. 123-150.
- Foucault, Michael. (2002) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gregory, Chris. (1997) *Savage Money: the anthropology and politics of commodity exchange*, Harvester Wheatsheaf, Amsterdam.
- Giddens, Anthony. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Buenos Aires: Taurus.
- Harvey, David. (2005). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- (2007). "Neoliberalism as Creative Destruction". En: *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 610, Nafta pp. 22-44.
- Hirst, Paul y Thomson, Grahame. (1999). *Globalization in Question. The International Economy and the Possibilities of Governance*. Cambridge: Polity Press.
- Hoogvelt, Ankie. (1997). *Globalization and Postcolonial World. The new political Economy of Development*. London: Macmillan.
- Hopenhayn, Martin. (2005), "¿Integrarse o subordinarse? Nuevos cruces entre política y cultura". En: Daniel Mato (compilador): *Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso, pp. 17-40.
- Laclau, Ernesto. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo Económico de Cultura.
- Lander, Edgardo. (2011). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: Ciccus/Clacso.
- Mato, Daniel. (2004). "Estado y sociedades nacionales en tiempos de neoliberalismo y globalización". En: Alejandro Grimson (Comp.): *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso, pp.271-282.
- Mignolo, Walter. (2013). *Historias locales/Diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.
- Munck, Ronaldo. (2003). "Neoliberalism, necessitarianism and alternatives in Latin America: there is no Alternative (TINA)?" En: *Third World Quarterly*, Vol. 24, No. 3, pp. 495-511.
- Ortiz, Renato. (1994). *Mundialización y cultura*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Polanyi, Karl. (2001 [1944]). *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Bacon Press.
- (2014). *Los límites del Mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Madrid: Capitan Swing Libros.

- Riain, Sean O. (2000). “States and Markets in an Era of Globalization”. En: *Annual Review of Sociology*, Vol. 26, pp. 187-213.
- Taitu, Heron. (2008). “Globalization, Neoliberalism and the Exercise of Human Agency”. En: *International Journal of Politics, Culture, and Society*, Vol. 20, No. 1/4, pp. 85-101.
- Wacquant, Loïc. (2012). “Three steps to a historical anthropology of actually existing neoliberalism”. En: *Social Anthropology*, 20, pp.66–79.
- Waters, Malcolm (1995) *Globalization*. New York: Routledge.